

tas, colonialistas y contemporáneos, han figurado autores de la estirpe de Alfonso Reyes, Artemio de Valle-Arizpe y Jaime Torres Bodet, cuyos cuentos revelan un escape total de los grandes problemas sociales de este siglo. Arreola ha sido identificado con este grupo, un poco injustamente. Si es cierto que les pertenece por un intelectualismo y por su cultura enciclopédica, no es menos cierto que en "El guardaguajás" y otros cuentos revela que está constantemente preocupado por el verdadero sentido del mundo en que vive.

EDUARDO MALLEA [1903-1982]

Argentino. Nació en Bahía Blanca. Se crió en un ambiente culto; su padre era médico, literato y amigo de Sarmiento. Estudió cuatro años en la Facultad de Derecho, pero abandonó la carrera para dedicarse a la literatura. Fundó revistas, publicó libros, hizo dos viajes a Europa (1928, 1934) y desde 1931 dirigió el suplemento literario de La Nación. Después desempeñó varios cargos diplomáticos. Además de los dos tomos de cuentos, Cuentos para una inglesa desesperada (1926) y La ciudad junto al río inmóvil (1936), Mallea se conoce más por su ensayo autobiográfico Historia de una pasión argentina (1937) y por sus novelas Fiesta en noviembre (1938), La bahía de silencio (1940), Todo verdor perecerá (1941), Las águilas (1943), El retorno (1946), El vínculo (1946), Los enemigos del alma (1950), La torre (1951), Chaves (1954), Simbad (1957), y los tomos de novelas cortas Sala de espera (1954) y La razón humana (1960). Con la novela La barca de hielo (1967), Mallea demuestra su capacidad para renovarse. Sus obras más recientes son La penúltima puerta (1969), Gabriel Andaral (1971), Triste piel del universo (1971) y En la creciente oscuridad (1973). "Conversación" pertenece a la colección La ciudad junto al río inmóvil.

CONVERSACIÓN

El no contestó, entraron en el bar. Él pidió un whisky con agua; ella pidió un whisky con agua. Él la miró; ella tenía un gorro de terciopelo negro apretándole la pequeña cabeza;

sus ojos se abrían, oscuros, en una zona azul; ella se fijó en la corbata de él, roja, con las pintas blancas sucias, con el nudo mal hecho. Por el ventanal se veía el frente de una tintorería; al lado de la puerta de la tintorería jugaba un niño; la acera mostraba una gran boca por la que, inconcebible nacimiento, surgía el grueso tronco de un castaño; la calle era muy ancha. El mozo vino con la botella y dos vasos grandes y hielo; "Cigarrillos —le dijo él— Máspero"; el mozo recibió la orden sin mover la cabeza, pasó la servilleta por la superficie manchada de la mesa, donde colocó después los vasos; en el salón casi todas las mesas estaban vacías; detrás de una kentia gigantesca escribía el patrón en las hojas de un bibliorato; en una mesa del extremo rincón hablaban dos hombres, las cabezas descubiertas, uno con bigote recortado y grueso, el otro rasurado, repugnante, calvo y amarillento; no se oía, en el salón, el vuelo de una mosca; el más joven de los dos hombres del extremo rincón hablaba precipitadamente, haciendo pausas bruscas; el patrón levantaba los ojos y lo miraba, escuchando ese hablar rudo e irregular, luego volvía a hundirse en los números; eran las siete.

Él le sirvió whisky, cerca de dos centímetros, y luego le sirvió un poco de hielo, y agua; luego se sirvió a sí mismo y probó en seguida un trago corto y enérgico; prendió un cigarrillo y el cigarrillo le quedó colgando de un ángulo de la boca y tuvo que cerrar los ojos contra el humo, mirándola; ella tenía su vista fija en la criatura que jugaba junto a la tintorería; las letras de la tintorería eran plateadas y la T, que había sido una mayúscula pretenciosa, barroca, tenía sus dos extremos quebrados y en lugar del adorno quedaban dos manchas más claras que el fondo homogéneo de la tabla sobre la que muchos años habían acumulado su ho-llín; él tenía una voz autoritaria, viril, seca.

— Ya no te pones el traje blanco —dijo.

— No —dijo ella.

— Te quedaba mejor que eso —dijo él.

— Seguramente.

— Mucho mejor.

— Sí.

— Te has vuelto descuidada. Realmente te has vuelto descuidada.

Ella miró el rostro del hombre, las dos arrugas que caían a pico sobre el ángulo de la boca pálida y fuerte; vio la corbata, desprolijamente hecha, las manchas que la cubrían en diagonal, como salpicaduras.

— Sí —dijo.

— ¿Quieres hacerte ropa?

— Más adelante —dijo ella.

— El eterno "más adelante" —dijo él—. Ya ni siquiera vivimos. No vivimos el momento que pasa. Todo es "más adelante."

Ella no dijo nada; el sabor del whisky era agradable, fresco y con cierto amargor apenas sensible; el salón servía de refugio a la huida final de la tarde; entró un hombre vestido con un traje de brin blanco y una camisa oscura y un pañuelo de puntas marrones saliéndole por el bolsillo del saco; miró a su alrededor y fue a sentarse al lado del mostrador y el patrón levantó los ojos y lo miró y el mozo vino y pasó la servilleta sobre la mesa y escuchó lo que el hombre pedía y luego lo repitió en voz alta; el hombre de la mesa lejana que oía al que hablaba volublemente volvió unos ojos lentos y pesados hacia el cliente que acababa de entrar; un gato soñoliento estaba tendido sobre la trunca balaustrada de roble negro que separaba dos sectores del salón, a partir de la vidriera donde se leía, al revés, la inscripción: "Café de la Legalidad"; ella pensó: ¿Por qué se llamará Café de la Legalidad? Una vez había visto, en el puerto, una barca que se llamaba *Causalidad*; ¿qué quería decir *Causalidad*, por qué había pensado el patrón en la palabra *Causalidad*, qué podía saber de *Causalidad* un navegante gris a menos de ser un hombre de ciertas lecturas venido a menos?; tal vez tuviera que ver con ese mismo desastre la palabra *Causalidad*; o sencillamente habría que-

rido poner *Casualidad* —es decir, podía ser lo contrario, esa palabra, puesta allí por ignorancia o por un asomo de conocimiento—; junto a la tintorería, las puertas ya cerradas pero los escaparates mostrando el acapulamiento ordenado de carátulas grises, blancas, amarillas, con cabezas de intelectuales fotográficos y avisos escritos en grandes letras.

—Éste no es un buen whisky —dijo él.

—¿No es? —preguntó ella.

—Tiene un gusto raro.

Ella no le tomaba ningún gusto raro; verdad que había tomado whisky tan pocas veces; él tampoco tomaba mucho; algunas veces, al volver a casa cansado, cinco dedos, antes de comer; otros alcoholes tomaba, con preferencia, pero nunca solo sino con amigos, al mediodía; pero no se podía deber a eso, tan pocas cosas, aquel color verdoso que le bajaba de la frente, por la cara ósea, magra, hasta el mentón; no era un color enfermizo, pero tampoco eso puede indicar salud; ninguno de los remedios habituales había podido transformar el tono mate que tendía algunas veces hacia lo ligeramente cárdeno.

Le preguntó él:

—¿Qué me miras?

—Nada —dijo ella.

—Al fin, ¿vamos a ir o no, mañana, a lo de Leites?...

—Sí —dijo ella—, por supuesto, si quieres. ¿No les hemos dicho que íbamos a ir?

—No tiene nada que ver —dijo él.

—Ya sé que no tiene nada que ver, pero en caso de no ir habría que avisar ya.

—Está bien. Iremos.

Hubo una pausa.

—¿Por qué dices, así, que iremos? —preguntó ella.

—¿Cómo "así"?

—Sí, con un aire resignado. Como si no te gustara ir.

—No es de las cosas que más me entusiasman, ir.

Hubo una pausa.

—Sí. Siempre dices eso. Y sin embargo, cuando estás allí...

—Cuando estoy allí, ¿qué? —dijo él

—Cuando estás allí parece que te gustara, y que te gustara de un modo especial...

—No entiendo —dijo él.

—Que te gustara de un modo especial. Que la conversación con Ema te fuera una especie de respiración, algo refrescante, porque cambias...

—No seas tonta.

—Cambias —dijo ella—. Creo que cambias. O no sé. En cambio, no lo niegues, por verlo a él no darías un paso.

—Es un hombre insignificante y gris, pero al que debo cosas —dijo él.

—Sí. En cambio, no sé, me parece que dos palabras de Ema te levantarán, te hicieran bien.

—No seas tonta —dijo él—. También me aburre.

—¿Por qué pretendes que te aburre? ¿Por qué decir lo contrario de lo que realmente es?

—No tengo por qué decir lo contrario de lo que realmente es. Eres terca. Me aburre Leites y me aburre Ema, y me aburre todo lo que los rodea y las cosas que tocan.

—Te fastidia todo lo que los rodea. Pero por otra cosa —dijo ella.

—¿Por qué otra cosa?

—Porque no puedes soportar la idea de esa cosa grotesca que es Ema unida a un hombre tan inferior, tan trivial.

—Pero es absurdo lo que dices. ¿Qué se te ha metido en la cabeza? Cada cual crea relaciones en la medida de su propia exigencia. Si Ema vive con Leites no será por una imposición divina, por una ley fatal, sino tranquilamente porque no ve más allá de él.

—Te es difícil concebir que no vea más allá de él.

—Por Dios, basta; no seas ridícula.

Hubo otra pausa. El hombre del traje blanco salió del bar...

—No soy ridícula —dijo ella.